

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

ORACIÓN Y PENITENCIA

ESTAMOS en el santo tiempo de Cuaresma. Desde sus comienzos no cesa la Iglesia de recordar á sus hijos, bien sea en sus oraciones, bien en las austeras ceremonias de su liturgia, las ideas de oración y penitencia. Empieza sus amonestaciones por la conmovedora ceremonia de la imposición de la ceniza. Aquel "memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris," "acuérdate, hombre, de que eres polvo y polvo te volverás," ¿qué otra cosa es sino una exhortación á que meditemos sobre la bajeza de nuestro origen y sobre la nada de nuestra vida, para que apreciando en su justo valor este nuestro cuerpo y los bienes terrenos á que tanto se apega, no sometamos nuestra alma á los caprichos de la carne, ni pospongamos los intereses espirituales á los placeres del sentido, á los antojos de la parte inferior, á los negocios terrenos, puesto que todos ellos, como caducos y perecederos, se convertirán en polvo, en nada?

Desconsoladora es la idea de la nada, horror profundo inspira á nuestra alma, ávida de perpetuidad y de vida; mas no por eso deja de ser una idea fecunda, principio de nuestra resurrección espiritual, fuente perenne de vitales y provechosas resoluciones. A ella acuden todos los desengañados de la vida y de la fortuna, á ella pidieron los santos ayuda y fuerzas para vencer las rebeldías de la carne y despreciar los halagos del mundo. Aquél artista que pintó un religioso con unas disciplinas en la mano derecha y en la sinistra una calavera que espantado contemplaba, dirigiéndole esta pregunta: "¿qué fuiste, rey ó mendigo?"

comprendió perfectamente la fecundidad salvadora encerrada en la idea de la muerte y supo expresarla con exactitud y energía. ¿Quién había de perderse por los bienes de la tierra, si meditase su caducidad y miseria? ¿Cómo habían de tratar los hombres con tanto regalo y adornar con idolátrico esmero su cuerpo, si considerasen que ha de ser muy en breve pasto de inmundos gusanos? ¿Tendrían fuerzas para correr desalados tras de los placeres fugitivos, reflexionando que los placeres verdaderos y los bienes que no cambian son los bienes y placeres del alma, los cuales no puede proporcionar el mundo, ni las riquezas, ni nada de la vida presente? ¡Ah! que nuestra vida es un soplo, que nuestro cuerpo es frágil y miserable, que las diversiones, y las riquezas, y la gloria mundanas no satisfacen las ansias de nuestra alma, que el hombre es como una flor que se marchita en un solo día, cual un meteoro que atraviesa el espacio en un instante, un sér fugitivo que desaparece sin dejar en pos de sí rastro ni memoria!

Estas consideraciones que para el impío en las horas de tedio y en los momentos de tristeza causados por amargas decepciones, son motivo de desesperación, son para el cristiano freno que le contiene dentro de los límites de la razón y de la justicia, y al mismo tiempo acicate que le mueve á buscar los bienes del alma, y á pedir á Dios su gracia que es la única cosa capaz de ennoblecer y dignificar este barro de que somos compuestos.

Asomémonos, pues, al abismo de la nada, por más que el vértigo nos haga estremecer, que de sus profundidades veremos brotar una luz brillante que ni deslumbra ni ciega, sino que, por el contrario, descubre á las miradas de nuestro espíritu el sendero de la vida, los risueños valles de la esperanza, el horizonte de la felicidad, la cumbre de la gloria.



Prosigue la Iglesia sus saludables enseñanzas y alzando el grito nos ruega encarecidamente que abandonemos nuestros caminos extraviados, que salga-

mos del estado de la culpa y aprovechemos el tiempo de penitencia que se nos concede, redimiendo lo mal empleado hasta el presente con ayunos, con oraciones y con toda suerte de penitencias. "Convertíos á Dios, nos dice, de todo corazón con ayunos, con lágrimas y gemidos. Abandone el impío sus caminos y el hombre inicuo sus pensamientos reprobados; conviértase al Señor, su Dios, que se apiadará de él, porque es muy propenso á perdonar..... Hé aquí un tiempo aceptable, estos son días de salvación..... Enmendemos con una conducta mejor las ofensas que por ignorancia cometimos, no sea que, sorprendiéndonos de súbito el día de la muerte, busquemos plazo de penitencia y no lo podamos hallar."

Duro parecerá al hombre sensual este lenguaje, porque dura es siempre la filosofía del sacrificio, pero no hay otro medio posible para obrar nuestra regeneración. "No hay más que dos filosofías, dice un escritor: la del placer y la del sacrificio." En esta materia la neutralidad no es posible. El que no se esfuerza por dominar su carne, contradiciendo sus ambiciones y concupiscencias, será juguete de sus pasiones que le arrastrarán á deplorables excesos con ofensa de Dios y grave daño de su propio cuerpo. ¿Que son muchos los que se entregan en brazos de la filosofía de los placeres? Siempre ha sido mayor el número de los que se van por el camino ancho que conduce á la perdición, que el de los que se atreven á arrostrar las asperezas del sendero que lleva á la bienaventuranza. No los envidiemos, pues, si bien lo consideramos, veremos que, aún en este mundo y dentro de lo natural, reciben el pago de sus demasías y locuras. Y qué digo no tenerlos envidia; compasión y lástima merecen los que se dejan arrastrar por los apetitos de su carne, la cual, como caballo indómito, los despeña por toda clase de precipicios, hasta dejarlos convertidos en míseros despojos que hasta el mundo desprecia y arroja con asco de su seno. Y es que la naturaleza no es una máquina que se puede forzar impúnemente, es que los goces de la vida no se pueden apurar de un solo trago, es que aun para ver y gozar se precisa método y, cuando éste falta, se resiente luego el organismo, so-

brevienen dolores y enfermedades, piérdense las ilusiones, se envejece antes de tiempo, la vida se vuelve carga insoportable y la desesperación mueve muchas veces á poner en práctica aquellas palabras de un poeta libertino: "Pasados los treinta años, más le valiera al hombre morir".

Por eso, aun en lo humano, son necesarias la austeridad y la mortificación, para conservar la salud del cuerpo, y poder desarrollar las energías del espíritu. Así lo han reconocido los mismos escritores libertinos, por ejemplo, Voltaire y D'Alambert. Pero el cristiano tiene otros motivos más elevados para amar los ayunos y abstinencias, que le prescribe la Iglesia y abrazarlos con valor, sin repugnancia alguna. Si ha tenido la desgracia de ofender á su Dios, extendiendo la mano al fruto de placeres vedados, ¿qué cosa más justa que procurar desagraviarle, privándose de los mismos placeres lícitos, en proporción con la gravedad de sus culpas? Y si tiene la rara é imponderable dicha de haber conservado siempre la inocencia y la gracia bautismales, ¿no es esto solo un gran beneficio que á Dios debe agradecer, que le impone la obligación de conservarle y defenderle con esas mismas mortificaciones contra toda clase de enemigos? Nadie puede excusarse de los ayunos y de la abstinencia que la Cuaresma nos impone, porque todos tenemos faltas por qué satisfacer á la divina justicia y á todos proporcionan grandes beneficios espirituales y no poco provecho corporal. Entre otros beneficios que nos trae el ayuno, dice San Basilio que nos hace semejantes á los ángeles, nos introduce en la sociedad de los justos, y castiga los malos resabios de la vida.

No despreciemos estas gracias, no perdamos inútilmente el tiempo que el cielo nos concede, para satisfacer y merecer; armémonos de este escudo y luchemos, á fin de conseguir las victorias que Dios por este medio nos promete. Tengamos presente la advertencia que el mismo San Basilio nos hace cuando dice: "El Señor tiene destinados sus Angeles que recorren las iglesias, inscribiendo á los que ayunan. Mira, no sea que por el vil placer de los manjares, incurras en la pena de no ser inscrito por el Angel en este

número y te hagas reo del crimen de deserción del ejército de Dios.»

J. VAYELLO.

SANTIFICACIÓN DE LAS ALMAS

(Conclusión)

ENCUMBRADOS á tanta gloria, á dignidad tan excelsa, es consiguiente que procedamos en armonía con ella. «Todos los que tienen esta esperanza, dice San Juan, procuran santificarse, como Dios es Santo». Y San Pablo nos propone á Jesucristo como modelo de la santidad á que debemos aspirar, diciendo que los predestinados están obligados á ser conformes á su imagen. Nada más natural. Siendo hijos de Dios por gracia, como Jesucristo lo es por naturaleza, justo es que trabajemos por asemejarnos á El, que es el hijo á cuya imitación hemos sido engendrados en el orden sobrenatural. Toda la labor de nuestra santificación consiste en grabar en nuestras almas la imagen adorable de Jesús. Ir labrándola poco á poco hasta que sus contornos aparezcan definidos, hasta que resulte límpida en nuestros corazones, como en claro espejo, debe ser la tarea continua del cristiano: cuando lo haya conseguido, realizó su ideal sobre la tierra.

Mas de nada servirán, para lograr esto, nuestros esfuerzos si el divino Espíritu no nos ayudase. El es propiamente el soberano artista que dibuja en nuestras almas la imagen del Verbo encarnado, á condición de que nosotros no pongamos obstáculos, con tal que nos dejemos conducir por sus suaves influencias. El nos lleva á las fuentes de la gracia, que son los Sacramentos y de El recibimos las disposiciones necesarias para participar los frutos de ellas. El nos dirige como guía cuidadoso por las sendas del destierro, en que vivimos; ilumina los ojos de nuestro corazón en la noche de las pasiones; consuélanos en la tristeza con dulzuras inefables; en la alegría purifica nuestros afectos; en el abatimiento nos

alienta con santas esperanzas; en los peligros nos defiende; y en todos los trances de la vida vela por nosotros cual Padre amorosísimo.

Y todo esto lo hace El ordinariamente de un muy secreto modo, oculto con frecuencia á la misma alma. ¡Cuántas veces, sin saber por qué, siente ella allá en lo más recóndito de su interior ardientes deseos de la santidad, nostalgias del cielo! ¡Cuántos inflamados suspiros se le escapan hacia la Patria querida en medio de la mundana baraúnda! ¡Cuántas veces se siente hastiada del mundo y de sí misma, anhelando vivamente romper los lazos que la aprisionan en la cárcel de su cuerpo! Estas cosas las obra el divino Espíritu en nuestro interior.

El es, en expresión de San Pablo, quien ora con gemidos inenarrables cuando nosotros oramos; El quien nos ilumina con los esplendores de la fe, con esas indecibles claridades que ciegan la soberbia humana; El quien nos infunde la esperanza dulcísima de que se revelará nuestra gloria de hijos de Dios; y El, en fin, quien derrama en nuestros corazones el amor divino.

¡Oh!, si conociéramos el *don* de Dios, si tuviéramos íntima conciencia de toda esta maravillosa obra que el Espíritu santificador ejecuta en nuestras almas! Entonces sí que diríamos con fervientes deseos: «Ven, oh Santo Espíritu, y envía desde el cielo el claro rayo de la luz: ven, Padre amoroso de los pobres, dador de regalos, resplandor purísimo de nuestros corazones. Tú eres consolador óptimo, dulce huésped del alma, agradable refrigerio; en los trabajos eres reposo, frescor en el estío y en la amargura tristeza, consuelo santo. ¡Oh luz beatísima! penetra amorosa en lo más íntimo de nuestros corazones. Mira que sin tu defensa nada hay en el hombre exento de daño. Lava lo manchado, florezca lo seco con tu riego, y sana lo enfermo; dobla lo rígido, calienta lo frío y corrige lo errado. Da á los fieles, que en Tí confían, el sacro septenario de los dones: da el mérito de la virtud; haz que la obra de nuestra salvación tenga feliz éxito, y por fin, que de la patria logremos el perenne gozo». Amén.

El perenne gozo, la fruición de la visión beatífica es, en efecto, el término á que nos conduce el divino Espíritu, el coronamiento de su obra en nosotros.

FR. J. GRAIN.

ILUSIÓN Y REALIDAD

(P O E S Í A)

Deja locas ilusiones,
No busques dicha en la vida,
Pues son sus glorias ficciones
Que engañan los corazones
Con su belleza mentida.

Deslumbran nuestra mirada
Con mil variados colores;
Mintiendo dulces amores,
Brindan en copa dorada
Envenenados licores.

Cual pintadas mariposas,
en torno nuestro volando,
Van sus hechizos mostrando;
Mas nuestras manos ansiosas
Sólo hallan polvo en tocando.

¿Quién halló dicha cumplida
En los goces de la vida?
¿Quién no vió en las diversiones
Caer deshojada y perdida
La flor de las ilusiones?

¿Quién no ha sentido el dolor,
Después de haber disfrutado
Cuanto el mundo engañoso
Puede ofrecer al agrado
De un corazón amador?

No, porque el necio se ría
Y muestre alegre semblante,
Inferas que es de alegría,
¡Cuántas veces lloraría,
Si nadie hubiese delante!

¡Cuántas veces sus antojos
Le traen amargos enojos!
¡Cuántas veces hace agravios
A una sonrisa en los labios
Una lágrima en los ojos!.....

Y, pues ves ser cosa cierta
Que el mundo sólo da engaños,
No busques su dicha incierta,
Porque te abrirás la puerta
A todos los desengaños.

Aspire tu voluntad
A dicha más duradera;
Busca la felicidad
Que no se muda ni altera,
Y dura una eternidad.

FR. J. P.

AMOR Y SACRIFICIO

No nos formamos idea cabal de la parte que Dios nos invita á tomar en su obra redentora: esto depende á su vez de la limitada idea que tenemos de nosotros mismos, de la dignidad del hombre. Así que, juzgando de todo según las miras estrechas de nuestra naturaleza abrumada por el peso de la materia, confundida con el ruido y alboroto del torrente de las pasiones, perdemos lastimosamente el fruto que podíamos sacar del conocimiento de nuestros deberes religiosos, y del conocimiento de la verdad, que se adquiere con la meditación. Por eso nos es necesario meditar con verdadero espíritu cristiano sobre este punto importantísimo de la doctrina cristiana. Este es, sin duda, el tiempo más oportuno, cuando la Iglesia nos recuerda el misterio de nuestra redención.

Comenzaremos nuestra explicación con esta pregunta: ¿Sería lógico, que salvados por la sangre de Cristo, pudiésemos perezosamente gozar de un bien comprado á tan alto precio por Cristo Jesús, y no estuviésemos obligados á unir al suyo nuestro sacrificio? Esto sería una extraña anomalía y el trastorno de una ley de justicia: la ley del amor que se corresponde, la ley de la gratitud. Aún, pues, juzgando bajo el punto de vista meramente humano, vemos que es natural, que es obligatorio corresponder al amor con el amor, al beneficio con la gratitud. Y porque esto es muy claro, pasemos á otra consideración más hõnda, á la relación de esta ley entre Dios y el hombre.

Si el hombre hubiese permanecido fiel á su Creador, si no hubiese roto el vínculo de amistad que le unía á Dios, no sufriría; porque el sufrimiento, el castigo justo supone el delito; y puesto que había sido creado inocente, ningún trabajo, y menos como castigo, le impondría Dios. Mas, habiendo

quebrantado el único precepto que se le había impuesto para probar su docilidad y sumisión, se cumplió en él la amenaza divina, de que en cualquier día que comiere de la fruta prohibida moriría; y todo hombre tiene que rendir tributo á la muerte, tiene que sufrir. Oigamos la sentencia divina: «Multiplicaré tus fatigas y tus concepciones, dijo Dios á Eva; con dolor parirás tus hijos, y estarás bajo la potestad del varón». Y á Adán dijo: «Porque escuchaste á tu mujer y comiste del fruto del árbol vedado, será maldita la tierra en tu trabajo: comerás en el dolor lo que produce todos los días de tu vida». (*Gen. c. III, 16, 17 y 19*). Desde este momento quedó promulgada y sancionada para el hombre la ley del sufrimiento. la ley del dolor; desde este momento el sacrificio se le impone, el padecer es una obligación; desde ahora, en fin, la tierra se constituye en lugar de dura prueba y destierro penoso para el hombre prevaricador.

¿Y tiene el hombre obligación de amar á Dios? Sería necedad contestar á esta pregunta, porque es demasiado conocida la respuesta. Sí, porque el amar es de ley natural; sin amar no se vive; el amor podríamos decir que es la ley de la conservación, como es fuente y principio de la existencia de todas las cosas. Y ¿qué debe amar el hombre? Digámoslo pronto. Lo primero que debe amar es á su Hacedor Supremo; y las demás cosas por El, y en la medida que El exige. Otro título, por el que tiene el hombre obligación de amar á Dios, es el de la redención. Fijémonos bien. Peca un ángel en la misma morada de Dios, y es condenado eternamente; peca un hombre allá, en el paraíso, lejos de Dios, y Dios le ama, le perdona, le concede espacio de penitencia, le promete un libertador, el cual había de vencer en lucha eterna y sangrienta al enemigo de la humanidad, y abrir las puertas del Cielo á aquel hombre prevaricador. «Así amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo». (*Joan. c. III, 16*).

¿Qué se deduce de todo esto? Dos cosas principalmente se deducen: La primera es que la dignidad del hombre es muy grande, muy sublime, divina. Como Dios puede amar y aborrecer; como El es inteligente, es libre. De esto mismo se desprende la segunda cosa principal: Es esta cosa la necesidad, la obligación de amar y sufrir por Dios; de cooperar con el amor y sufrimiento á la obra redentora de Jesucristo. Justo es, ciertamente, que satisfaga y se arrepienta el que pecó; y así como fué libre y voluntario en la culpa, libre y voluntariamente abrazó las consecuencias. Dirá tal vez alguno: Ha-

biendo muerto Cristo por nosotros, ¿no satisfizo á la divina Justicia por nuestros pecados? Es muy cierto; mas también es cierto que dejó en manos del hombre el apropiarse, digámoslo así, esa satisfacción, esos méritos; también es cierto que Jesucristo dijo: «Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis». (*Luc. c. XIII, 3*). Y así, el perdón solicitado por Jesús moribundo en el Calvario salvó las almas arrepentidas que unieron su sacrificio personal al del divino Maestro. Las lágrimas de Pedro le purificaron, mientras que la desesperación de Judas le perdió; el arrepentimiento del buen ladrón le abrió las puertas del cielo, á la misma hora que el endurecimiento del malo hacía de él un réprobo, que bajaba de la cruz al infierno.

Amar y padecer con Cristo, he aquí cómo debemos cooperar á nuestra salud eterna. Tengamos conciencia de nuestra dignidad, y esta ley nos parecerá justa, necesaria y dulce: y más aún parecerá así, si consideramos que Cristo la santificó. Y hoy que la Iglesia nos recuerda el misterio sacrosanto de la Cruz, leamos en este libro, y en la primera página encontraremos escritas estas palabras: «Amor y sacrificio», y por conclusión lo que dice San Pablo: «Si padecemos con El, con El seremos glorificados.

F. W.

UN MODELO DE VIRTUD

(CONTINUACIÓN)

EL gobierno francés, como arrepentido de las libertades que, merced á los esfuerzos del P. Lacordaire, se vió obligado á conceder á las Ordenes religiosas, continuó importunándoles durante toda la segunda mitad del siglo XIX, hasta que al fin, alegando en su favor *las leyes existentes*, se resolvió á expulsarlas de la nación en el año 1880. Las Ordenes religiosas eran *ilegales* para aquel Gobierno ateo; pero lo eran porque, observando hallar un pretexto para disfrazar su iniquidad, habían formado á capricho una colección de legislaciones incoherentes, tomadas unas de tal régimen autoritario cuyos derechos eran ellos los primeros en pisotear, y otras del *reinado del Terror*. Por otra

parte las nuevas ideas de oposición á la Iglesia fermentaban y se desarrollaban en el espíritu público, en el estado social y en la legislación. Bajo la influencia de este espíritu habían surgido una multitud de leyes que, interpretando las antiguas, si eran favorables á la oposición, ó abrogándolas tácitamente, si la contradecían, declaraban excluidas de la nación á las Ordenes religiosas. Fué señalado el 31 de Octubre para ejecutar esta determinación, y llegado aquel día, forzando puertas y destruyendo cuanto les impedía el pasó, penetraron en los conventos los encargados de la autoridad, profanando de mil maneras aquellas mansiones de la virtud y de la abnegación. Obligando á salir por la fuerza á los religiosos, cada uno hizo esta protesta: *Yo, como ciudadano francés, como católico y como religioso, protesto contra la violencia que se me hace.* Y los religiosos de San Maximino, entre ellos muchos venerables á quienes los años no permitían salir del convento, tuvieron que abandonar aquel su amado retiro. El pueblo, reconociendo su inocencia, les aclamaba *confesores de la fe*, diciendo: ¿Qué mal han hecho á la nación para que se les eche de ella? Y nuestro Fr. Rafael probó entonces por vez primera las amarguras del destierro. Era, sí, muy amargo para él, porque, aunque religioso y como tal separado completamente del mundo, le era, sin embargo, lícito alimentar en su corazón ese instinto natural de patriotismo, que es uno de los sentimientos más nobles arraigados á nuestro sér.

Los religiosos, después de un largo y penoso viaje, llegaron á Salamanca, donde encontraron un asilo en el convento de San Esteban. Y aquí se alojaron, esperando pacientes que cesara la tempestad y se calmasen los ímpetus de irreligiosidad y barbarie de su nación.

Este cambio tan profundo no impidió que Fr. Rafael continuase en sus ejercicios de devoción, antes por el contrario, le dió ocasión de hacerlos con nuevo fervor y sentimientos de piedad para inclinar sobre sus hermanos la clemencia del cielo. En el mes de Diciembre del mismo año de 1880, escribiendo á su hermana, religiosa dominica, le dice así: «Actualmente me ocupo en la reformatión de mi villana naturaleza, y en adquirir las sólidas virtudes de que debe estar adornado todo hijo de Santo Domingo y de la Inmaculada. Pide por mí á María y al divino Niño, que va á nacer de su casto seno, las hermosas virtudes de la humildad, de la abnegación, de la obediencia completa y de la

perseverancia. Con esto me harás el mayor servicio que puedo esperar. A nosotros, los novicios, apenas nos afecta el destierro: todos los cuidados de nuestros buenos Padres son para nosotros. El P. Provincial de España reside aquí con un converso, inspeccionando los trabajos de reparación, que van ya terminándose. Nos trata con mucha afabilidad. La vigilia de Navidad le felicitaremos con toda efusión».

* * *

Así transcurrieron los días, hasta que se acercó para Fray Rafael el de su profesión. En los diez días de Ejercicios espirituales que preceden á ésta, dejando á un lado los pensamientos de alegría y dulzura á que su natural le arrastraba, cedió á una nueva dirección de la gracia, ocupándose principalmente del espíritu de penitencia y de compunción, como se puede juzgar por las notas siguientes:

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animae meae.—Recordaré, Dios mío, en tu presencia todos mis años con amargura de mi alma (Is. XXXVIII, 15)—«Sólo faltan diez días para el momento en que he de prometer á Dios, á su Madre Inmaculada, á mi B. Padre Santo Domingo, á su representante sobre la tierra, el Maestro General de los Hermanos Predicadores, una obediencia entera, completa, hasta la muerte.

»Por Vos, oh Jesús, mi amor, me abandonaré sin reserva en las manos paternales de mi Creador; y por vos, Inmaculada Virgen, mi única esperanza, me abandonaré á Jesús. Pero ¿quién me ayudará á entregarme á vos, oh Madre mía? Un espacio inmenso me separa aún de vuestra sublimidad. Vos seréis mi intermediario, B. Padre Santo Domingo. Sí, quiero que os encarguéis vos de entregarme á María: así estoy seguro de ser recibido como hijo suyo, perteneciéndole en propiedad y sin reserva. No puedo presentarme por mí mismo sin mediador, según estoy cargado de iniquidades.

»¡Ah, si á lo menos después de este retiro de diez días quedase transformado en un hombre nuevo! Si recibiese en su plenitud los dones del Espíritu vivificador ¡qué dicha sería la mía!»

Estos pensamientos le hacían meditar en la justicia de Dios y decía: «¡Oh Dios mío! concededme la gracia de que sepa aprovecharme del tiempo de vuestra misericordia; y puesto que habéis prometido el cielo á los que perdonaren á sus hermanos, haced que sea misericordioso con los demás.

Haced que la oración que os dirijo diariamente sea verdadera: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* Sí, Dios mío, quiero amar á mi prójimo con ese amor con que deseáis vos que le ame: es decir, quiero cerrar los ojos para no ver sus imperfecciones, y no pensar más que en mis profundas miserias. Perdonadme, Dios mío, y tened piedad de mí. Juzgadme ahora, condenadme á cualquier trabajo, con tal que me otorguéis gracia y fuerza para llevarlo, á fin de que al salir de la vida presente no tenga que temer un juicio en que no quisiera incurrir ahora.

»Oh Madre de Jesús y Madre mía, haced que vuestro Hijo me sea favorable cuando venga con toda su majestád al fin de los tiempos para juzgar vivos y muertos, y dar á cada uno lo que hubiere merecido.»

Después de haberse excitado al espíritu de penitencia por la consideración de los juicios divinos, dirigía su mente á los ejemplos de paciencia y benignidad de Nuestro Señor para imitarlos. ¡Cuán admirable sois, oh Jesús mío, por vuestra paciencia en sufrir los desprecios!, decía él, hablando consigo mismo en la oración. Vuestra conducta me avergüenza á mí, digno de ser despreciado de todos, y sin embargo, tan poco sumiso á la mano paternal que me hiere por mi bien. Desgraciado de mí, que imito tan poco á mi divino Ejemplar. María, mi dulce Madre, ¿por qué permitís que después de tanto tiempo sea yo tan orgulloso, tan impaciente, tan inclinado á quejarme cuando me sobreviene alguna cosa que contraría a mi naturaleza? Si al presente no he cometido falta alguna, ¿qué tengo hecho en lo pasado de vituperable por lo cual no haya recibido su justo castigo? Cada uno debe expiar sus faltas en esta vida ó en la otra; por consiguiente, es una gran ventaja para mí tener ocasión de hacer penitencia en esta vida, para que sea justificado en la otra. Jesús, María, no permitáis que reciba con desagrado y tristeza vuestras saludables correcciones.

»Gracias, Madre mía; sé que me amáis, porque habéis escuchado mis oraciones dándome ocasión de hacerme violencia.»

En cuanto á los tres votos de pobreza, castidad y obediencia que iba á hacer dentro de pocos días sugeríale la gracia estas reflexiones: «¿Por qué, amable Jesús, os sometisteis Vos á una indigencia tan extremada? Fué sin duda para enseñarme el amor á la pobreza. Pues bien, Maestro mío, yo

voy á prometeros de una manera irrevocable observar esta virtud durante toda la vida. Nada deseo fuera de Vos, y con esto soy infinitamente rico.

»Qué dicha tan grande no tener que ocuparme de nada percedero, sino sólo de Vos, Dios mío, el bien por esencia, el bien que jamás se muda. Pues esta dicha va á ser la mía; porque mañana, sí, mañana os tomaré por mi única herencia, renunciando libremente y con alegría á todo lo que no sea Vos.

»Nuestro Señor Jesucristo me ha dado también un perfecto ejemplo de la virtud angélica. Todo en su adorable persona respira las fragancias de esta virtud. ¡Qué modestia, qué recato y circunspección! A ejemplo vuestro, oh Jesús mío, no quiero tener pensamiento alguno, ni deseo, ni afecto que no sea puro, santo, inmaculado. Con vuestra gracia y con el socorro poderoso de María deseo conservar sin mancha la blanca túnica que me váis á imponer en este hermoso día de mi profesión religiosa. Concededme esta gracia, oh castísima Virgen. Haced que, confiando siempre en vos para obtener un beneficio tan señalado, no cese con todo de pedir para conseguirlo y trate á mi cuerpo como á un enemigo cruel.

»De Jesús está escrito: *Factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.*—Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (*Philip. II, 8*). Vos, amante Jesús, habéis obedecido á vuestra madre y á vuestro padre nutricio; Vos, que sois Dios, á estas criaturas. Os habéis sometido á las persecuciones de aquel rey impío que os obligó á huir á Egipto. Observo que vuestra obediencia tiene todas las cualidades que convienen á la obediencia religiosa.

»La obediencia que prometemos nosotros á Dios debe ser pronta, como la vuestra, extendiéndose desde las cosas más insignificantes hasta las de mayor trascendencia; debe ser continua (*usque ad mortem*), y sobre todo alegre. Si, desde el momento que nos son conocidas las intenciones de nuestros superiores, es necesario obedecer con alegría, sea cual fuere el grado de ciencia ó de santidad que ellos tuvieren. Debemos considerar en ellos á Nuestro Señor, y esto basta.

»Oh dulce Jesús, otorgadme un amor verdadero á esta virtud. Haced que sea fiel á mi voto de obediencia tal como lo he de formular bien pronto, *usque ad mortem*... María, mi buena Madre, rogad por mí, pedid para mí esta obediencia.

cia á vuestro divino Hijo, tal como tengo la dicha de comprenderla, y como debe practicarla todo religioso de Santo Domingo. Espero de Vos, Madre mía, este favor extraordinario.

(Continuará).

SECCION DE NOTICIAS

Visita á Su Santidad. — Caridad del Papa y de los católicos. — El Papa recibió el día 10 de Febrero la embajada belga extraordinaria, que le envió el nuevo rey de Bélgica, anunciándole su exaltación al trono. Su Santidad dió condecoraciones á varios personajes de la embajada, y ésta obsequió con un gran banquete al secretario de Estado, Cardenal Merri del Val, á los Cardenales que habían sido Nuncios en Bruselas y á otros ilustres personajes. —

—Según reciente estadística el Sumo Pontífice dió, en varias remesas, cerca de siete millones de liras (6.849.998) para las víctimas de los terremotos de Messina. También ha sido el primero entre todos los soberanos (hecho que relatan con encomio hasta los periódicos impíos) en acudir con socorros y consuelos á los castigados por las recientes inundaciones de Francia, pues luego que se enteró de los tristes sucesos, dirigió una carta muy compasiva al Arzobispo de París y con ella 30.000 francos, para repartirlos á los más necesitados.

A este propósito debe hacerse constar que los únicos que se distinguieron por su abnegación en socorrer las vidas y haciendas de los inundados, fueron los eclesiásticos y los militares, las dos clases allí más perseguidas é injuriadas. Esto ha motivado declaraciones laudatorias de parte de sus más rabiosos enemigos, v. gr., M. de Coutant, diputado y alcalde de Ivry, fundador de los bautizos láicos que administra por sí mismo.

Cuando hace unos meses fué nombrado párroco de Ivry el abate Gauterot, M. Coutant, se opuso á ello con todas sus fuerzas, mas ahora no sale de su asombro, considerando lo que el párroco y los soldados trabajaron socorriendo á los vecinos de Ivry en los días de la inundación. «Lo que han hecho esos 400 hombres, exclama, es increíble. Más que hombres son seres sobrehumanos y cada uno de ellos es un héroe, aunque con todos puede competir el párroco. Jamás hubiese creído que eran eso los soldados y los curas, y he necesitado verlo».

El Arzobispo de París abrió enseguida una suscripción, y ya ha recaudado 600.000 francos. También el alcalde de Londres, Juan Knil, que es católico, ha enviado 25.000 francos. En cambio los partidarios del *bloque* han brillado por su ausencia ó por su tacañería. La familia del Expresidente Loubet, que en siete años de presidencia cobró más de ocho millones de francos, sin contar otros gajes, ha ofrecido la miseria de 330 francos. Otro que tal, el ciudadano Pataud se hallaba en un café tomando un refrigerio y gozando, como tantos otros, de la perspectiva

que ofrecía la crecida del Sena, cuando entró una dama de la Cruz Roja, acompañada de un poderoso industrial, que venían á hacer una colecta. Todos dieron algo, excepto Pataud, que contestó con malos modos: «Yo no doy nada; mi dinero lo guardo para otros inundados más dignos de interés que todos: mis huelguistas».—«Se le olvida á Vd. añadir, observó finamente el industrial, que á esos es Vd. el que los inunda». Todos aplaudieron la contestación y premiaron con una soberana rechifla al ciudadano Pataud, que juzgó prudente escabullirse.

Contra las escuelas lálcas.—Después de la digna protesta del Episcopado español y de otras muchas que elevaron al Gobierno varias Corporaciones pidiendo que continúen cerradas las escuelas lálcas, que no son otra cosa que semilleros de anarquistas, revolucionarios y ateos, se han celebrado mitines en este mismo sentido en casi todas la ciudades principales. Sobre todo los de Barcelona, Madrid, Bilbao, Santiago, etcétera, han estado concurridísimos.

Conversiones en Rusia.—Después del decreto de tolerancia de 1905, se han convertido al catolicismo en dicha nación más de 300.000 cismáticos.

Suceso maravilloso.—Lo es el siguiente, ocurrido ha pocos meses en Concepción del Araguaya (Brasil), centro catequístico de las misiones dominicanas. Unos cuantos niños indios paganos jugaban con otro ya bautizado, que se llamaba Jacinto, en el patio del Colegio de las Hermanas Dominicanas, cuando en la puerta del Oratorio apareció un hermosísimo y sonriente niño como de ocho á nueve años. Tenía las manos juntas sobre el pecho, sosteniendo con los brazos una cruz, y á su lado caminaba un corderito. «Vamos á pegarlo», gritó Ungoan, el más travieso de todos, y corrieron tras él, pero el niño desapareció dentro del Oratorio. Buscáronle por los rincones, tras de los altares, bajo los bancos, y no hallándole, fueron á contárselo con sencillez á la Hermana Superiora «que Papei do céo tinha chegado e que nao querian mais voltar para a aldeia». Los que con fe sencilla y sin prejuicios sectarios examinaron el hecho, vieron en él una invitación de Jesús á aquellos niños paganos, para que entrasen en la Religión católica.

Lección turca.—El ministro del Interior de Turquía ha prohibido la circulación de una novela infamatoria contra la Iglesia Romana, titulada *Juana la Papisa*, que comenzaron á publicar algunos cismáticos, y también la representación de la comedia *Foyer*, obra de los judíos franceses.

Castigo merecido.—En Salas (Cataluña), fué denunciado á los tribunales por el Ecónomo D. José Esclusa un vecino que se permitió escarnecer en una conferencia las enseñanzas de la Iglesia. El impío fué condenado á tres años, seis meses y veintiun días de prisión correccional, más 250 pesetas de multa.

Procesos de beatificación.—El P. Kaiser, postulador de las causas de beatificación y canonización de nuestra Orden, ha visitado el monasterio de María Medingen, que está junto á Dollingen, en la diócesis de Augsburgo, con el fin de recoger documentos acerca de la sierva de Dios Margarita Ebneim, monja Dominica contemporánea del B. Enrique Suso. Enseguida se dará principio al proceso, para la aprobación del culto, que desde tiempo inmemorial se tributa á dicha religiosa.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.